

cinema

De la Música al Silencio

Aunque de derecho el cinema era antes silencioso, de hecho bien podemos decir que siempre ha sido sonoro, que nunca se nos ha dado un film realmente en el silencio. El acompañamiento musical, obligado durante la proyección, interponía entre las imágenes y nosotros un cortinaje sonoro, que falsificaba siempre la verdadera fruición estética. La música ha sido siempre un obstáculo a la percepción del ritmo genuinamente cinematográfico, que es el alma del film, salvo raras excepciones, aquellas en las cuales el ritmo sonoro coincidía por casualidad, o merced a la pericia del adaptador con el ritmo visual, en cuyo caso éste no hacía sino acentuar aquél.

El éxito de las adaptaciones musicales exigidas por todos los públicos, defendidas incluso por teorizadores, se explica fácilmente. La música tiene la virtud de ponernos en una disposición favorable a la impresionabilidad, crea en nosotros una hiperestesia emotiva, que hace que experimentemos hondamente cuantas impresiones afectivas nos llegan del exterior. Nos ponemos, en una palabra, sentimentales y esto es lo que le conviene al empresario para el éxito de su film.

Para todos los que aman el film por el film, el *truco* es inaceptable. La adaptación sonora no sólo es inútil, sino algo peor: estorba.

Es inútil. El cine ha llegado a un grado de perfección, de madurez, que no necesita de apoyos extrínsecos para imponernos su fuerza dramática. La unión del cine con la música no ha sido nunca un matrimonio de amor. Acaso, todo lo más, en un principio, la música contribuía a hacer inexcusable la mediocridad del espectáculo. Porque cabe decir que la experiencia de proyección sin música, que nosotros hemos podido hacer varias veces, es verdadera sólo tratándose de buenas películas. Siempre que se ha atendido esta condición hemos salido satisfechos de la experiencia. Nada que deforme el espectáculo que se desenvuelve frente a nosotros. En el silencio profundo de la sala las imágenes obtienen una fuerza alucinatoria irresistible.

Pero no solamente la música es inútil, sino perjudicial a la comprensión del espectáculo. Somos más músicos que cineastas, y esto porque la música es una más vieja conocida nuestra. Percibimos mejor, somos más sensibles al ritmo musical que al ritmo visual, al ritmo cineástico que nace de la sucesión y longitud temporal de las escenas, y al interponer uno al otro, no

se logra sino confundir las cosas y oscurecer la arquitectura dinámica del film.

Por analogía se puede hablar de la musicalidad del film, pero por analogía solamente, porque en el fondo se trata de campos heterogéneos.

Todo lo que llevamos dicho no debe entenderse, ni mucho menos, como objeción al film musical, en el cual esperamos confiadamente. Entendemos el film musical una obra en la cual música e imágenes van a colaborar conjuntamente en donde una y otra estarán en correlación mutua, los ritmos se fusionarán o se opondrán contrapuntísticamente, según exigencias dramáticas. El film musical no tiene nada que ver, claro está, con el film con música, del cual nos hemos ocupado sólo aquí.

□

¿Por qué extraña paradoja ahora el cine sonoro ha venido a restituir el silencio en el cinema? Las películas habladas han eliminado la música en los cines, y claro está, que cuando no hablan tenemos el silencio más puro, y esto es muy importante por cuanto ello va a permitir utilizar el silencio como factor positivo de expresión.

En el cine en donde todo era silencio éste no se experimentaba como valor positivo. Si éste pasa a ser ahora un accidente, tenemos que él entra en el juego de los elementos expresivos como factor importante.

En nuestra tarea de críticos de películas tuvimos ocasión de señalar este redescubrimiento del silencio a propósito del film: *Ladrones*, hablado en español por Star Laurel y Oliver Hardy. Los ladrones, que trabajan siempre en el silencio, podían apreciar en este film todo el valor del mismo, por cuando él se encontraba entrecortado constantemente por ruidos intempestivos, que, destacados en el fondo silencioso, tenían una gran fuerza de hilaridad.

Toda nuestra vida psicológica está dominada por la ley de relatividad. La impresión presente depende de la más inmediata anterior, y además, de toda nuestra vida psicológica. Ahora el cine sincronizado va a permitir utilizar el silencio por contraste. Desembarazado del mismo por la invención física, que le permite hablar y cantar, se adueña de nuevo de él, pero ahora en calidad de señor y no de esclavo. El cine era silencio antes; ahora, el silencio está en el cine.

José PALAU.

